



EL BARCO
DE VAPOR

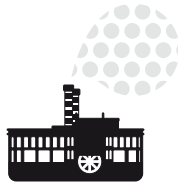
De profesión, fantasma

H. Monteilhet

Ilustraciones
de Cinthya Álvarez

51.^a EDICIÓN





EL BARCO
DE VAPOR

De profesión, fantasma

H. Monteilhet

Traducción de Manuel Barbadillo

Ilustraciones de Cinthya Álvarez





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en

www.fundacion-sm.org

LITERATURAS**SM**•COM

Primera edición: julio de 1981

Quincuagésima primera edición: septiembre de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz

Coordinación editorial: Carolina Pérez

Edición: Inés de la Iglesia

Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Un métier de fantôme*

Traducción del francés: Manuel Barbadillo

© del texto: Fernand Nathan, París, 1979

© de las ilustraciones: Cinthya Álvarez, 2018

© Ediciones SM, 1981, 2018

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-777-0

Depósito legal: M-19539-2018

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Florence, Béatrice,
Isabelle, Pierre, Emmanuel,
y a Jean, que corretea por la casa
como un angelito.*

LOS PERSONAJES

John: muchacho de doce años, «nacido para vivir a lo grande».

Lord Cecil Swordfish: el señor del castillo.

El señorito Winston: el hijo de catorce años de Cecil.

Alice y Agatha: las hermanas gemelas de Winston.

Lady Pamela: anciana tía abuela de los tres.

James: el mayordomo.

La señora Biggot: la cocinera.

El profesor Phileas Dushsnock: el preceptor de Winston, miembro de la Real Sociedad de Espiritismo de Edimburgo.

El señor Truebody: fabricante de botones para pantalones en la ciudad de Birmingham.

Julius Gripsoul júnior: multimillonario estadounidense.

EL ESCENARIO

Escocia. Malvenor Castle, un castillo histórico, hacia el año 1900.

● 1

MI NACIMIENTO Y MI FUGA

EN AQUELLOS TIEMPOS, mis queridos niños, nuestra Escocia era aún más verde que hoy; sus ríos, sus arroyos, sus lagos eran más puros bajo un cielo más sereno; la gente era más ahorrativa; los *kilts* y los tartanes, más baratos y de mejor calidad.

Eran los años felices del buen rey Eduardo, el séptimo de ese nombre; los tiempos de mi tierna infancia.

Entonces le era más fácil a un muchacho trabajador y respetuoso de sus padres labrarse un buen porvenir.

Sin embargo, también había dificultades...

Tal vez ya sabéis que mi madre murió cuando yo nací, de eso hará ochenta años este otoño. (¡Cómo pasa el tiempo!). Yo solo la conocí de oídas, por lo que de ella pudieron contarme mi padre o los mayores de mis doce hermanos.

Mi madre nos había dejado como herencia muchos refranes que reflejaban la sabiduría de su carácter. Sobre todo uno, el más importante, el máspreciado de todos, ya que fue el mismísimo nuestro señor Jesu-

cristo quien se dignó transmitírnoslo: «Bástele a cada día su afán».

En efecto, mi madre se ocupaba de los detalles de la vida diaria, pero sin angustiarse nunca por nada. Era una mujer admirable, y a veces se me hace muy larga la espera para volverla a ver. ¡Cómo me gustaría conocer las inflexiones de aquella voz querida, que se calló para mí a edad tan temprana!

Esa prematura desaparición fue la primera y la mayor de mis desgracias. A juzgar por lo que todo el mundo decía, ya nada volvió a ser como antes. Mi nodriza no se ocupaba de mí, mis hermanas se despreocupaban de la casa y se hicieron de lo más coquetas. Las malas hierbas invadieron nuestro jardincillo. El carácter del perro, al que olvidaban dar de comer, se agrió.



En cambio, el de mi padre se hizo cada vez más cariñoso..., demasiado cariñoso.

Creo que ya os he dicho que mi padre trabajaba como obrero en una gran destilería a orillas del Spey, en el condado de Moray, donde se cría, como en ningún otro sitio, el más suave whisky de Escocia: el Royal Highlander. El trabajo de papá consistía en rodar los toneles de roble en donde el whisky envejece lentamente; en transportar, cuando hacía falta, las cajas de maltas selectas; en barrer cuando había visitas... ¡Mi querido padre estaba dotado para todo! ¡Sabía hacer de todo!

Pero... ¡ay!... La tristeza es a veces mala consejera. De tanto llorar a mi madre, mi padre empezó a beber. Cuanto más lloraba, más bebía para alimentar sus lá-



grimas. Por la mañana, antes de salir para el trabajo, al amanecer el día velado de bruma, era todavía un hombre digno y severo, que hablaba claro y fuerte y que distribuía los pescozones con equidad. Pero por la tarde, ante las brasas medio apagadas de la chimenea, nos ponía sobre sus rodillas, y repartía besos sin ton ni son, derramando abundantes lágrimas en su negra barba, mientras que todo él emanaba un fuerte olor a whisky.

El día en que yo cumplí mis ocho años, mi padre, cuya barba era ya del todo gris, perdió su empleo. Pasamos instantáneamente de la pobreza a la miseria. El pan llegó a faltar. Y mi padre, privado brutalmente del whisky, murió sumido en la amargura. ¡Que Dios tenga en su santa gloria a su inocente alma, completamente envuelta en los perfumes del Royal Highlander!

Mi padre me dejó en herencia una máxima –que era al mismo tiempo un consejo– tan sabia que me hace pensar que se había desarrollado en él el don de ver doble.

Le gustaba tomar mis manitas entre sus manos callosas y repetirme sonriendo: «Tú haces el número trece, mi pequeño John. Unos te dirán que eso trae mala suerte; otros, que eso trae buena suerte. Fíate más bien de estos últimos. Un verdadero escocés solo es supersticioso cuando de ello puede sacar provecho».

Con un refrán y una máxima tuve mejor herencia que la mayor parte de la gente.

Con aire de indiferencia, el empleado de los tribunales vino para llevarse nuestros últimos muebles, y la familia se dispersó.

Con el corazón oprimido dejaba yo nuestra casita, cercana a las orillas verdes del río Spey; la pequeña habitación en la que había dormido muchos años con dos de mis hermanos; la cocina en donde la foto de bodas de mis padres había presidido durante tanto tiempo nuestras comidas. A pesar de mi corta edad, yo adivinaba que más vale ser pobre en casa propia que en la ajena.

El señor pastor tuvo la bondad de buscarme trabajo en casa de un herrero del lugar, maese Greenwood, que andaba buscando un aprendiz y tenía gran reputación de hombre caritativo. Y maese Greenwood tuvo la bondad de hacer que me admitiesen gratuitamente en la escuela más cercana, la del señor Bounty, que gozaba de una reputación de caridad casi igual, y al que le daba lo mismo tener un alumno más.

Maese Greenwood me dio como cama unos viejos sacos de patatas, en un rincón de su herrería. En las noches de invierno, el fuego se apagaba demasiado pronto, y demasiado tarde en las de verano. Mi comida diaria eran los palos, aunque tenía derecho a tres chelines en Navidad, dos tercios de los cuales metía maese Greenwood en la Caja de Ahorros de Elgin para el día en que alcanzase la mayoría de edad.

Cuando no tenía que darle al fuelle de la herrería, corría a la escuela del señor Bounty, que me pegaba en los dedos o en las pantorrillas con su larga regla, dura como la injusticia, negra como el pecado. Pero tenía

derecho a un librito de cuentos de cuatro peniques la víspera de las vacaciones, porque yo era siempre el primero de mi clase.

Estas magníficas aptitudes, que provocaban la envidia de mis compañeros y el despecho de sus padres, agravaban mi suplicio. Ignoraba yo entonces que, para sobresalir, es mejor aguardar a vivir con desahogo. Huérfano y pobre, recogido y educado por caridad, yo era en todas partes –en pocas palabras– la víctima de todos. No había en toda Escocia niño más abandonado ni más desgraciado que yo. O al menos eso creía yo, falto de imaginación.

Después de cuatro años bajo ese régimen lamentable, estaba más flaco que un pajarito y era tan vivo como un hurón; sabía leer, escribir y herrar un caballo; conocía de memoria pasajes enteros de Shakespeare y de las Sagradas Escrituras..., pero me había hundido paulatinamente en la más negra desesperación. Las desesperaciones de los niños son espantosas. Los niños no ven la cantidad de vidas que llevan dentro de sí, todo lo que una larga existencia puede procurarles de nuevo y de sorprendente. El tiempo corre para ellos más lentamente que para los mayores, por lo que su pena vale por dos.

Una tarde de invierno en que helaba hasta congelarse a uno los pensamientos, llamó a la puerta una vieja sin dientes, y se ofreció a echarnos la buenaventura a cambio de un tazón de sopa. Después de haber augurado algunas mediocres prosperidades que no valían mucho más que la sopa a maese Greenwood, y a continuación a la señora Greenwood y luego a los tres tu-

nantes de sus hijos, la adivina miró fijamente la palma de mi mano derecha con sus ojos húmedos, que el calor de la chimenea hacía gotear, y me dijo:

–Tú, hijo mío, tú has nacido para vivir a lo grande. ¡Dios mío, cuántos y qué grandes castillos en esta pequeña mano!

La familia Greenwood se rio a carcajadas. Maese Greenwood dijo en plan de guasa que ante mí se abría la brillante carrera de lacayo en el castillo de Inveraray o en el de Blair-Atholl. ¿O acaso en la mansión de Victor Alexander Bruce, nuestro noveno conde de Elgin? ¿O tal vez, incluso, en Balmoral, en el palacio real? Las risas redoblaron.

–No –precisó la adivina, cuyos ojos recorrían mi mano–. Ni criado, ni huésped, ni señor.

–¿Pues entonces qué más queda? –preguntó la señora Greenwood con su voz chillona–. ¿Hará John, tal vez, de galgo, o de loro, o de pavo real o de burro en esos famosos castillos?

–Ni hombre, ni ángel, ni animal. No tengo derecho a decir más, y me callo.

Durante meses anduve dándole vueltas en mi cabeza a aquella extraña predicción, y ello me daba ánimos tanto en la herrería como en la escuela, a pesar de todas las bromas pesadas que me gastaban, como puede suponerse.

El 1 de mayo de 1906, una colosal patada de un caballo resabiado me partió la pierna izquierda por dos sitios. Puesto que había sido un caballo el que me había herido, maese Greenwood llamó al veterinario, cuyos

servicios eran más baratos que los del médico. Los huesos se soldaron, aunque un poquillo torcidos, y yo me quedé ligeramente cojo.

Este lamentable accidente fue la gota de agua que desbordó el vaso de mis cuitas. Aunque me fuese a costar mucho, aunque con ello me expusiese a mil peligros, pensé en escaparme. Esa idea me sostenía, y me sonreía el oficio de pastor en las montañas del condado vecino de Inverness. ¿Quién iba a ir a buscarme allí? Y los carneros... ¿no serían mejor compañía que los hombres?

La pierna dejó pronto de dolerme. Resplandecía el verano. Pero yo dudaba todavía.

El 4 de agosto, de un certero golpe de azada, Greenwood mató a mi único amigo, un gato sin nombre, tuerto y cariñoso, bajo pretexto de que era negro y traía mala suerte. Ya no lo dudé más.

En la noche del sábado 4 al domingo 5 de agosto, me escapé hacia las montañas, no sin haber dejado antes estas líneas encima de la mesa del salón, de forma que toda la familia las saborease antes de ir al templo a escuchar al pastor:

Querido señor Greenwood:

Usted me ha alimentado y alojado mal, por caridad. Yo he tenido para con usted la caridad de trabajar bien y gratis. Usted me tiene aún que dar las gracias, y yo le saludo gustoso. Me voy para vivir a lo grande.

JOHN

La última frase la había puesto solo para exasperar el previsible furor de maese Greenwood. No estaba yo tan loco como para creérmela.

Llevaba por todo equipaje un poco de ropa remendada dentro de un pañuelo anudado por las cuatro puntas, y como única fortuna, en el fondo de mis bolsillos, una navaja, una caja de cerillas y unas pocas monedas, fruto de algunas propinillas, que yo había ahorrado. Mi equipaje igualaba a mi fortuna. Yo tenía doce años y trece días.

Consideré más prudente no subir hacia Inverness siguiendo el curso del Spey, por ser una zona poblada en la que corría el peligro de toparme con alguna ronda de la policía. En consecuencia, tiré por las aldeas dormidas de las alturas, saludado cada vez más de cerca por los ladridos de los perros pastores, que no tenían nada de tranquilizador.

A medida que subía por aquellos escabrosos caminos, la heroica exaltación del principio cedía el puesto a la fatiga e incluso al pánico: la noche era justo lo bastante clara como para que las ramas de los árboles y el follaje de la espesura pareciesen otras tantas confusas amenazas... En el límite de Inverness, poco antes de amanecer, un repentino vuelo de murciélagos, que a mí me parecieron vampiros, me derribó todo tembloroso en un montón de paja de centeno, donde me venció el sueño.

El calor del mediodía me sacó de mi montón de paja, y contemplé unas praderas que se extendían hasta perderse de vista, salpicadas aquí y allá por algunas

vacas o carneros. Pero sobre todo descubrí que me moría de hambre y de sed.

Vagué toda una semana por montes y por valles a través de las Highlands, bebiendo en los arroyos, mendigando pan o un trozo de queso en las granjas, durmiendo al aire libre o en graneros que encontraba por casualidad, ofreciendo en vano mis servicios: yo era demasiado pequeño y no podía ofrecer referencias.

La esperanza de escapar de una vez por todas del infierno de maese Greenwood me impulsaba cada vez más lejos. Pero aunque lograra librarme de la policía, de las palizas, de la herrería y de los regletazos... ¿qué iba a ser después de mí? ¿No habría renunciado a la seguridad del esclavo por la libertad del perro perdido?

El domingo 12 de agosto, totalmente exhausto y desalentado, me sorprendió una tormenta, un verdadero diluvio, en una región llana de bosques y cultivos, donde los habitantes parecían vivir mejor que en las montañas de los alrededores.

Mientras bordeaba un lago bastante grande, divisé a una niña con un paraguas que cuidaba un pequeño rebaño de cabras, y le pregunté si estaba cerca la ciudad.

—A unos quince kilómetros —me respondió—. Pero, si lo prefieres, ahí cerca tienes Malvenor Castle para refugiarte. ¿Ves esa torre entre los árboles y ese gran pórtico, allá, a tu derecha?

Me apresuré. El castillo estaba construido en una península que entraba en el lago y que se unía a la orilla por una estrecha lengua de tierra, cerrada por un muro que fácilmente tendría cuatro veces mi altura.

A primera vista, aquello no tenía aspecto más acogedor que una cárcel.

Pero el muro tenía una gran portada, abierta hacia una majestuosa avenida que conducía directamente hasta el castillo. A ambos lados de la avenida, unos árboles centenarios entrecruzaban sus ramas como si quisiesen darse las manos. Hacía poco que había podido admirar yo unas bóvedas de vegetación como aquellas que ilustraban los cuentos de cuatro peniques del maestro Bounty.

Estuve tentado de protegerme bajo aquellos árboles, pero el portero, dentro de su caseta, tenía los ojos clavados en mí. Ya iba a seguir de largo, cuando aquel hombre, a pesar de mi aspecto, me gritó con voz animosa:

—¡Dese prisa, señorito! Falta poco para las seis: la última visita va a empezar...

¡Ni que me estuvieran esperando! De todas formas, dentro no se estaría peor que fuera...

Caminé pues hacia Malvenor Castle, cuya masa gris entreveía bajo la lluvia al final del túnel de vegetación. El castillo se acercaba poco a poco y finalmente distinguí, al extremo de la avenida, detrás del gran césped que lo separaba del parque y de su umbría, un único cuerpo de construcción rectilínea. Estaba enmarcado por cuatro torres, una a cada ángulo, que parecían más antiguas; tres de ellas, invadidas por la hiedra, amenazaban ruina. Pero a mi derecha, la cuarta torre, cuya base no llegaba yo a ver, había conservado intacto su tejado y dominaba desde su altura el conjunto del edificio.

Un ancho foso, cuya agua, sin duda, sería una derivación del lago, corría alrededor del edificio. Sin embargo, en mitad de la fachada, el puente levadizo de la Edad Media había sido reemplazado por un puente de piedra.

Y no puedo decir más, mis queridos niños, acerca del aspecto de Malvenor Castle: por un raro capricho del destino, nunca más tendría yo ocasión de contemplar el castillo desde el exterior. Ahí lo estaba viendo, bajo la tormenta, por primera y última vez.

Al llegar al puente de piedra, dudé si continuar o no, a pesar de que el gran portón claveteado, de dos hojas, entreabierto, parecía invitarme. Al fondo, a mi izquierda, delante del edificio de las cuadras, aguardaba una docena de estupendos coches de caballos, con troncos más o menos lujosos. Bajo el tejadillo de las cuadras, en donde los cocheros habían buscado refugio, había un gran número de bicicletas alineadas en filas: el castillo parecía accesible a gente de toda condición.

Empujado por una ráfaga de lluvia, me colé por la puerta entreabierta.